

# Discurso de Shrimati Indira Gandhi

## Primer Ministro de India

Ante la Conferencia de Naciones Unidas sobre  
el Medio Ambiente Humano, Junio 14, 1972

Señor Presidente, Excelencias, Señoras y  
Señores:

Es ciertamente un honor dirigir la palabra a esta Conferencia, que en sí misma constituye una nueva expresión del espíritu que creó las Naciones Unidas, empresa para el bienestar presente y futuro de la humanidad. Ella no se propone tan sólo alcanzar acuerdos, bien precisos, sino establecer la paz y la armonía entre todas las razas y con la naturaleza. Esta Asamblea representa el más serio esfuerzo del hombre para comprender su propia condición y prolongar su tenencia de este planeta. Se ha desarrollado en la convocatoria de la Conferencia una enorme y minuciosa labor preparatoria, conducida por la dinámica personalidad del Sr. Maurice Strong, su Secretario General.

He tenido la gran fortuna de crecer con un sentido de compenetración con la naturaleza en todas sus manifestaciones. Los pájaros, las plantas, las piedras, fueron mis compañeros y, durmiendo bajo el cielo sembrado de estrellas, pude familiarizarme con los nombres y movimientos de las constelaciones. Pero mi profundo interés en esta nuestra "única tierra" no era por ella en sí misma sino como un hogar apropiado para el hombre.

No se puede ser realmente humano y civilizado a menos que uno considere no sólo a todos sus semejantes sino a toda la creación con ojos de amistad. A través de toda la India, los edictos tallados sobre las rocas y columnas de fierro nos recuerdan que hace 22 siglos el Emperador Ashoka definió las obligaciones de un rey como destinada no sólo a proteger a los ciudadanos y castigar a los malvados, sino también a preservar la vida animal y los árboles de los bosques. Ashoka fue el primero y, hasta hace muy poco, acaso el único monarca en prohibir la matanza de un gran número de especies animales por deporte o para la alimentación, presagiando algunos de los objetivos de esta Conferencia. Incluso fue más lejos al lamentar la carnicería de sus conquistas militares y ordenar a sus sucesores buscar "su único gozo en la paz que surge de la virtud".

Junto con el resto de la humanidad, nosotros en India —a pesar de Ashoka— hemos sido culpables de una imperdonable desatención por

las fuentes de nuestra subsistencia. Compartimos vuestra preocupación ante el rápido deterioro de la flora y la fauna. Parte de nuestra propia vida salvaje ha sido exterminada, millas de bosques con hermosos árboles antiguos, testigos mudos de la historia, han sido destruidos. Aún cuando nuestro desarrollo industrial se encuentra en su infancia, y en su etapa más difícil, estamos dando diversos pasos para abordar los desequilibrios ambientales incipientes. Esto, más que nada a causa de nuestra preocupación por el ser humano —especie que también se encuentra en peligro. En su pobreza, está amenazado por la desnutrición y la enfermedad; en su debilidad, por la guerra; en la riqueza, por la contaminación generada por su propia prosperidad.

Es triste que en un país tras otro, el progreso llegue a ser sinónimo de una acometida contra la naturaleza. Nosotros que formamos parte de ella y dependemos de ella para cada necesidad, hablamos permanentemente de "explotar" la naturaleza. Cuando la montaña más alta del mundo fue escalada en 1953, Jawaharlal Nehru objetó la expresión "conquista del Everest" que el estimó arrogante. ¿Puede sorprender que esta falta de consideración y la constante necesidad de demostrar la propia superioridad deba ser proyectada en el tratamiento hacia nuestros prójimos? Recuerdo a Edward Thompson, un escritor británico y un buen amigo de la India, al manifestar en una oportunidad al Sr. Gandhi que la vida salvaje estaba desapareciendo rápidamente. Destacó el Mahatma: "Está disminuyendo en las selvas, pero está aumentando en las ciudades".

Nos hemos reunido aquí bajo la égida de las Naciones Unidas. Se supone que pertenecemos a la misma familia que comparte rasgos comunes y que está impulsada por iguales deseos básicos; sin embargo, habitamos un mundo dividido.

¿Cómo podría ser de otro modo? No existe aún ningún reconocimiento de la igualdad del hombre, o el respeto por él como individuo. En materias de color y de raza, religión y costumbres, la sociedad está dominada por el prejuicio. Las tensiones surgen de la agresividad y de los conceptos de superioridad del hombre. El poder del gran garrote prevalece y éste se

utiliza no en favor del proceder leal o de la belleza, sino para lanzarse contra imaginarios molinos de viento —para asumir el derecho a interferir en los asuntos de los otros, y para arrogarse autoridad para una acción que normalmente no sería permitida. Muchos de los países avanzados de hoy día han alcanzado su actual opulencia a través de su dominación sobre otras razas y países, la explotación de sus propias masas humanas y los propios recursos naturales. Ellos empezaron poniéndose a la cabeza a través de una consumada crueldad, no turbada por sentimientos de compasión o por teorías abstractas de libertad, igualdad o justicia. Los movimientos en demanda de los derechos políticos de los ciudadanos, y de los derechos económicos del trabajador llegaron después de haberse logrado considerables avances. Los ricos y el trabajo de los países colonizados jugaron no pequeña parte en la industrialización y prosperidad de Occidente. Ahora, mientras luchamos para crear una vida mejor para nuestro pueblo, ello ocurre en circunstancias bastante diferentes, porque obviamente bajo la aguda vigilancia de hoy en día no podemos tolerar tales prácticas aún para un propósito digno. Estamos atados por nuestros propios ideales. Debemos acatamiento a los principios de los derechos de los trabajadores y a las normas contenidas en las cartas constitutivas de las organizaciones internacionales. Sobre todo debemos rendir cuenta a los millones de ciudadanos políticamente despertados de nuestros países. Todos éstos hacen más caro y complicado el progreso.

Por una parte, los ricos miran con desdén a nuestra continuada pobreza; por la otra, nos previenen contra sus propios métodos. No deseamos empobrecer el medio ambiente más aún y, sin embargo, no podemos olvidar por un momento la horrenda pobreza de innumerables personas. ¿No son acaso la pobreza y la necesidad los mayores contaminantes? Por ejemplo, a menos que estemos en condiciones de proporcionar empleo y poder comprador para las necesidades cotidianas de la gente de una tribu y de aquéllos que viven en el interior o alrededores de nuestras selvas, no podemos evitar que ellos rastreen el bosque en busca de alimento y subsistencia; que cacen sin licencia y saqueen la vegetación. Cuando ellos mismos se ven despojados, ¿cómo podemos nosotros insistir en la preservación de los animales? ¿Cómo podemos hablar a quienes viven hacinados en aldeas y poblaciones sobre la conveniencia de mantener limpios los océanos, los ríos y el aire cuando sus propias vidas están contaminadas en su origen? El medio ambiente no puede ser mejorado en condiciones de pobreza. Ni puede la pobreza ser erradicada sin el empleo de la ciencia y de la tecnología.

¿Debe existir conflicto entre la tecnología y un mundo realmente mejor, o entre la ilustración del espíritu y un standard más elevado de vida? Los extranjeros preguntan a veces, lo que a nosotros nos parece una interrogación muy extraña, si el progreso en la India ¿no significaría una disminución de su espiritualidad, de sus valores? ¿Es la calidad espiritual tan superficial como para depender de la falta de confort material? Como país, no somos ni más ni menos espirituales que cualquier otro, pero tradicionalmente nuestro pueblo ha respetado el espíritu de separación y de renunciación. Históricamente nuestros grandes descubrimientos espirituales fueron realizados durante períodos de comparativa abundancia. Las doctrinas de separación de los bienes se desarrollaron no como una racionalización de la privación, sino que para evitar que el confort y la tranquilidad embote los sentidos. Espiritualidad significa el enriquecimiento del espíritu, el reforzamiento de los propios recursos interiores y la extensión de nuestro nivel de experiencia. Es la aptitud para estar incluso en medio de la actividad y vibrantemente vivo en momentos de calma; separar la esencia de lo que es circunstancial; aceptar la alegría y el dolor con serenidad de ánimo. Percepción y compasión son las señales características de la verdadera espiritualidad.

Recuerdo un incidente en una de nuestras áreas tribales. La clamorosa demanda de los jefes de más edad de la tribu, de que sus costumbres debían permanecer sin ser perturbadas, encontró el apoyo de connotados antropólogos. En su anhelo porque la mayoría no debe sumergir a los muchos grupos étnicos, raciales y culturales de nuestro país, el Gobierno de la India aceptó ampliamente este consejo. Yo me encontraba entre quienes dieron su completa aprobación. Sin embargo, una visita a un punto remoto de nuestra frontera nor-oriental me puso en contacto con un punto de vista diferente —la protesta de los elementos más jóvenes de que mientras el resto de la India estaba en vías de modernización, ellos estuvieran siendo conservados como piezas de museo. ¿No podríamos decir lo mismo a las naciones opulentas?

Durante el último cuarto de siglo, hemos estado comprometidos en una empresa sin paralelo en la historia humana —la satisfacción de las necesidades básicas a una sexta parte de la humanidad dentro del lapso de una o dos generaciones. Cuando nos lanzamos en ese esfuerzo nuestros primeros proyectistas tenían más de las brechas habituales que llenar. No habían datos suficientes ni libros útiles. No era posible deducir alguna orientación de la experiencia de otros países cuyas condiciones políticas, económicas, sociales y tecnológicas eran del todo diferentes. La planificación en el sentido en que

estábamos innovando, no había sido jamás usada en el contexto de una economía mixta. Pero no podíamos esperar. La necesidad de mejorar las condiciones de nuestro pueblo era apremiante. La planificación y la acción, el mejoramiento de datos que nos llevarán a una mejor planificación y una mejor acción, todo ello constituía un proceso continuo y de sobreposición. Nuestra industrialización tendía a seguir las sendas que primitivamente siguieron los países más avanzados. Con el avance de los años 60 y particularmente durante los últimos cinco años, hemos encontrado una asombrosa colección de problemas, algunos debidos a nuestra negligencia, pero muchos inherentes al proceso y a las actitudes existentes. Se acentúa la opinión de que deberíamos re-ordenar nuestras prioridades y alejarnos del modelo unidimensional que ha considerado el crecimiento desde ciertos ángulos reducidos, que parece haber dado un lugar más elevado a las cosas que a las personas y que ha incrementado nuestras necesidades más que nuestro goce. Tendríamos un enfoque más comprensivo de la vida, centrado en el hombre, no como una apreciación estadística sino individual con muchos aspectos de su personalidad. La solución de estos problemas no puede estar constituida por fenómenos aislados de importancia marginal sino que debe ser parte integrante del desenvolvimiento del real proceso de desarrollo.

Las formas estrictas en que las cuestiones de población o de contaminación ambiental son planteadas, oscurecen la visión total de las situaciones políticas, económicas y sociales. El Gobierno de la India es uno de los pocos que tienen un programa de planificación de familia oficialmente auspiciado, y que está haciendo algún progreso. Creemos que las familias planificadas contribuirán en favor de una población más sana y más consciente de sus actos. Pero sabemos también que ningún programa de control de población puede ser eficaz sin educación y sin una manifiesta elevación del standard de vida. Nuestros propios programas han tenido éxito en las aldeas urbanas o semi-urbanas. Para el verdadero pobre cada niño es un asalariado y un ayudante. Estamos experimentando con nuevos enfoques: el programa de planificación familiar está siendo combinado con los de maternidad y bienestar infantil, nutrición y desarrollo en general.

Es una simplificación exagerada culpar de todos los problemas del mundo al aumento de población. Países con apenas una pequeña fracción de la población mundial consumen la mayor parte de la producción mundial de minerales, combustibles fósiles, etc. De este modo, vemos que cuando se llega al agotamiento de los recursos naturales y a la contaminación am-

biental, el aumento de un habitante en un país rico, dentro de su nivel de vida, es equivalente a un aumento de muchos asiáticos, africanos o latinoamericanos, en sus actuales niveles materiales de vida.

El conflicto inherente no está entre la conservación y el desarrollo, sino entre el medio ambiente y la indifferente explotación del hombre y de la tierra en nombre de la eficiencia. Los historiadores nos dicen que la edad moderna comenzó con el anhelo de libertad del individuo. Y el individuo llegó a creer que tenía derechos sin ningunas obligaciones correspondientes. El hombre que tomaba la delantera era el que concitaba la admiración. Ninguna pregunta se hacía sobre los métodos empleados o sobre el precio que los demás habían tenido que pagar. La civilización industrial ha promovido el concepto del hombre eficiente, aquel cuyas energías totales están concentradas en producir más en una determinada unidad de tiempo y con una determinada unidad de recurso humano. Los grupos o individuos que son menos competentes y, de acuerdo a esta prueba, menos eficientes, son considerados como castas menores —por ejemplo, las antiguas civilizaciones, la gente negra y la morena, las mujeres y ciertas profesiones. La caída en desuso se opera dentro de la producción, y la eficiencia está basada en la creación de bienes que realmente no se necesitan y de los cuales no puede disponerse una vez desechados. ¿Qué precio tiene tal eficiencia ahora, y no es temerario un término más apropiado para tal proceder?

Todos los "ismos" de la época moderna —incluso aquéllos que en teoría no reconocen el principio del provecho privado— suponen que el interés cardinal del hombre es la adquisición. El motivo del beneficio, individual o colectivo, parece eclipsar todo lo demás. Este aplastante interés en el "Yo" y "Hoy en Día" constituye la causa fundamental de la crisis ecológica.

La contaminación no es un problema técnico. La falla no reside en la ciencia ni en la tecnología como tales, sino en el sentido de los valores del mundo contemporáneo que ignora los derechos de los demás y hace abstracción de la perspectiva más lejana.

Existen serios presentimientos de que la discusión sobre ecología pueda estar proyectada para distraer la atención de los problemas de la guerra y la pobreza. Tenemos que demostrar a la mayoría desheredada del mundo que la ecología y la protección no se opondrá contra su interés sino que aportará un mejoramiento en sus vidas. Apartar la tecnología de ellos los privaría de vastos recursos de energía y conocimiento. Esto ya no será por más tiempo factible, ni será aceptable.

Los problemas ambientales de los países en

desarrollo no son los efectos secundarios de la excesiva industrialización, sino que reflejan la imperfección del desarrollo. Los países ricos pueden considerar el desarrollo como la causa de la destrucción ambiental, pero para nosotros es uno de los medios principales de mejorar el medio ambiente de vida, de proveer alimento, agua, sanidad y abrigo, de hacer verdes los desiertos y habitables las montañas. La investigación y perseverancia de la gente consagrada a ello nos han dado un conocimiento profundo que seguramente jugará un papel importante en el ordenamiento de nuestros planes futuros. Comprobamos que por mucho que el hombre anhele bienes materiales, ellas no podrán darle plena satisfacción. De esta manera, el standard de vida más elevado deberá alcanzarse sin apartar la gente de su patrimonio y sin despojar a la naturaleza de su belleza, lozanía y pureza, tan esenciales para nuestra existencia.

El problema más urgente y fundamental es el de la paz. Nada es tan improductivo como la guerra moderna. Nada destruye en forma tan instantánea, tan completa, como las armas diabólicas que no sólo matan sino que mutilan y deforman a los seres vivos y a los que habrán de nacer; que envenenan la tierra, dejando extensas huellas de fealdad, aridez e irreparable desolación. ¿Qué proyecto ecológico podría sobrevivir a una guerra? El Primer Ministro de Suecia, Sr. Olaf Palme, ha llamado ya la atención de la Conferencia hacia esto con enérgicas palabras.

Es evidente que la crisis ambiental que enfrenta el mundo alterará profundamente el destino futuro de nuestro planeta. Ninguno de nosotros, sea cual fuere nuestro status, poder o circunstancia, puede permanecer impávido. El proceso de cambio es un desafío a las actuales políticas internacionales. El creciente conocimiento de "una tierra" y "un medio ambiente" ¿nos conducirá al concepto de "una Humanidad"? ¿Se producirá una distribución más equitativa de los costos ambientales y un mayor interés internacional en el progreso acelerado del mundo menos desarrollado? ¿O quedará éste confinado a un estrecho interés basado en la exclusiva autosuficiencia?

Los primeros ensayos encaminados a reducir las disparidades económicas y tecnológicas no han tenido éxito porque las políticas de ayuda fueron hechas para servir a equilibrios del poder. Esperamos que el énfasis renovado en la confianza en sí mismo, originado por el cambio en el clima de ayuda, fomentará también la búsqueda de nuevos criterios de satisfacción humana. Mientras tanto, la crisis ecológica no debería aumentar la carga de las naciones más débiles introduciendo nuevas consideraciones en los planes de acción política y comercial

de las naciones ricas. Resultaría irónico si la lucha contra la contaminación se convirtiera en otro negocio por el cual unas pocas compañías, corporaciones o naciones, obtuvieran utilidades a expensas de la mayoría. He aquí una línea de experimentación y descubrimiento en la que los científicos de todas las naciones deberían interesarse. Ellos se asegurarían de que sus descubrimientos estén a disposición de todas las naciones, restringidas por las patentes. Me congratulo de que la Conferencia haya pensado en este aspecto del problema.

La vida es una y el mundo es uno, y todas estas materias se encuentran enlazadas entre sí. La explosión de la población, la pobreza, la ignorancia y la enfermedad, la contaminación de nuestros medios circundantes, la acumulación de armas nucleares y los agentes de destrucción biológicos y químicos, son todos partes de un círculo vicioso. Cada uno es importante y urgente; pero ocuparse de ellos uno por uno sería despediciar esfuerzos.

Es de muy poco provecho vivir en el pasado o adjudicar a alguien la culpa, porque ninguno de nosotros está libre de ella. Si algunos son capaces de ejercer dominio sobre los demás, ello se debe por lo menos parcialmente a la debilidad, a la falta de unidad y a la tentación de obtener alguna ventaja de parte de aquellos que se someten. Si los que gozan de prosperidad han estado explotando a los menesterosos, ¿demostramos nosotros reclamar honestamente de que en nuestras propias sociedades la gente no obtenga ventajas de los sectores más débiles? Debemos re-evaluar los fundamentos en que se basan nuestras respectivas sociedades cívicas y los ideales que las sustentan. Si debe realizarse un cambio del espíritu, de la dirección y métodos de operación, no es una organización o un país —por muy bien intencionado que sea— quien pueda lograrlo. Si bien cada país debe ocuparse de aquel aspecto del problema que tiene mayor relevancia para él, es obvio que todos los países deben unirse en un empeño general. No hay ninguna alternativa para un enfoque cooperativo en escala global del espectro total de nuestros problemas.

Me he referido a algunos problemas que me parecen ser las causas subyacentes de la actual crisis de nuestra civilización. No se espera que esta Conferencia pueda obrar milagros o resolver todas las dificultades del mundo, pero sí se abraza la esperanza de que las opiniones de cada país serán tenidas en cuenta, que estos problemas serán considerados en perspectiva y cada proyecto elaborado como parte integrante de un todo.

En una ocasión anterior he hablado de la revolución inconclusa en nuestros países. Estoy ahora convencida que ésta puede ser llevada a

su culminación cuando sea acompañada por una revolución en el pensamiento social. En 1968, en la XIV Conferencia General de UNESCO la delegación de la India, junto con otras, propuso un nuevo y principal programa titulado "Un Plan de Vida": Este es fundamental para entender las cabales implicancias del progreso técnico y su impacto sobre los diferentes sectores y grupos. No necesitamos atrasar el reloj o resignarnos a un estado natural simplificado. Necesitamos nuevas instrucciones para el uso más atinado del conocimiento y herramientas con que la ciencia nos ha equipado. Y esto no puede ser precisamente algo repentino, sino una búsqueda continuada de causa y efecto, y un esfuerzo interminable para hermanar la tecnología con niveles más altos de pensamiento. Debemos preocuparnos no sólo de la clase de mundo que necesitamos sino también de la clase de hombres que debe habitarlo. Ciertamente, no deseamos una sociedad dividida entre los que condicionan y los que son condicionados. Necesitamos gente que piense, capaz de actividad espontánea auto-dirigida, gente que esté interesada y que interese a los demás, y que esté imbuida de compasión y preocupación por los demás.

No será fácil para las grandes sociedades cambiar su estilo de vida. La gente puede ser motivada y apremiada para participar en mejores alternativas.

Me ha enseñado la experiencia que las personas que involuntariamente están en pugna con la naturaleza son cínicas con respecto a los hombres y llenas de ansiedad consigo mismas. El hombre moderno debe restablecer un vínculo continuo con la naturaleza y con la vida. Debe aprender nuevamente a invocar la energía de las cosas que están desarrollándose para reconocer, como lo hacían hace siglos los antepasados en la India, que uno puede tomar de la Tierra y de la atmósfera sólo tanto como uno es capaz de reponer en ellas. En su himno a la Tierra los sabios del Atharva Veda cantaban:

*"Aquello que de tí yo extraiga, que vuelva  
rápidamente a crecer.  
"No permitas que yo hiera tus partes vitales o  
tu corazón".*

Así podrá el hombre mismo ser vital y bondadoso y consciente de su responsabilidad.